

JARDÍN DE RECUERDOS

Aminta Limón Blanco

Cuento

Recibido el 14 de junio de 2023. Aceptado el 26 de agosto de 2023. Publicado el 15 de diciembre de 2023.

Una espléndida y calurosa mañana de verano, Emiliano, Gabriel y Pablo juegan a ser piratas, los ladrones del mar.

Son famosos: el primero, John Hawkins; el segundo, James Hook; y el tercero, Henry Morgan.

Son el terror de los siete mares, muestran ferocidad con el uso de la espada y son expertos en armas de pólvora, hábiles para disparar y recargar su arcabuz, y competentes con la brújula.

Platican entusiasmados de sus correrías, de cómo desearían de aventura y riqueza, asaltan barcos que llevan oro, plata y piedras preciosas y se apoderan del botín.

Su ropa de cuero, endurecida por gruesas capas de sal, agua, y manchas de ron y mugre, es igual que una armadura ligera, que los protege de los impactos de las dagas, y de los estoques de afilados puñales.

Y en ese momento Emiliano, que escudriñaba el horizonte con su catalejo, grita:

– ¡Barco a la vista!

Y de inmediato Gabriel y Pablo se preparan para el combate; su barco, bien artillado con cañones, morteros y obuses, está listo para la contienda.

De inmediato, Gabriel lanza con vigorosa fuerza el ancla, que ha de aferrar la embarcación al fondo del mar, y Pablo iza la macabra bandera que ondea siniestra en el asta.



Veloces acercan su velero de tres mástiles, con movimientos rápidos.

Al acercarse al galeón, el enemigo recibe el impacto de las balas del cañón, y una lluvia de perdigones.

¡Al abordaje!

Los piratas, movidos por la codicia, empistolados y cuchillo al cinto, dispuestos a degollar sin contemplaciones al enemigo, abordan el barco con los sables en la mano.

El altercado con sus adversarios fue terrible, combatían cuerpo a cuerpo, de popa a proa y de estribor a babor.

Los barcos eran muy importantes para los piratas; eran su hogar, y era el lugar donde almacenaban sus botines.

Sin embargo, en este galeón no había riqueza alguna. Y al final, en el camarote del capitán, encuentran un desvencijado cofre, que en el fondo tenía pegado lo que parecía ser un mapa con señalamientos y anotaciones.

– ¡Trae el cofre! –le grita Gabriel a Pablo–, ¡el barco se va a pique! ¡Uf! –dice Emiliano–, al menos nuestros esfuerzos no fueron infructuosos, ¡tenemos el mapa del tesoro!

Y así, después de librar tan cruel batalla, la banda de piratas marcha en pos de un sueño común: ¡el tesoro!

– ¡No puede ser! –dice Gabriel.

– ¡Esto es increíble! –añade Pablo.

– ¡No lo puedo creer! – agrega Emiliano–. ¡Es absurdo, falló la brújula!

Y es que siguiendo las instrucciones del mapa, llegaron a la casa de su abuela.

– Y lo peor del caso –dice Gabriel–, es que el mapa indica la ubicación del tesoro en el rincón del jardín, donde están las flores más bonitas de mi abuelita, sus violetas.

– ¡Ni modo, no importa! – dice Emiliano–, las arrancamos y después las volvemos a sembrar como estaban.

– ¡Sí! – dice Pablo –, si lo hacemos con cuidado, mi abuelita no se dará cuenta, al contrario, se pondrá feliz cuando vea que tenemos un tesoro.

Entonces comienzan a cavar, hasta tocar algo duros, sus paladas muestran la prisa ansiosa de encontrar tan valioso objeto.

Por fin logran encontrarlo y efectivamente es un cobre y al abrirlo se encuentran unas fotografías de ellos cuando eran bebés, el chupón de Emiliano que protegió la inocencia de su sueño, un zapatito que perdió Pablo en su paso tambaleante del niño que aprende a caminar, una mamila de Gabriel donde goloso bebía leche y se fortalecía, un leoncito de fieltro de amarillos ojos de vidrio que confeccionó tía Cuca al cumplir Emiliano dos años, una invitación de Barney para asistir a la fiesta de Gabriel y anunciar que apenas cumplió un año, un disfraz del Hombre Araña que evidencia y promete que Pablo algún día volará y será más grande que su héroe.

Algunos dientecitos, que obviamente perdió “el ratón”, tratando de llevárselos dentro del mayor secreto.

Algunas copias de cartas sin terminar, con ilegibles palabras, llenas de ilusión y que abrirían los “Reyes Magos”. Unos dibujos de extrañas “cucarayas” que dibujó Emiliano en su incipiente niñez. Unas medallitas que evidencian su amor a Dios. Unos rizos de Gabriel que enmarcaban su rostro de querubín. Los bolos de sus bautizos, donde se dio fe que sí renunciaban a Satanás. Sus actas de nacimiento, donde se da testimonio y se afirma que son quienes dicen ser. Un cochecito rojo de Pablo, y la promesa: “cuando yo sea grande, abuelita, te compraré uno igual”.

Fotos de una vida de caprichos y complacencia: Pablo, emulando al “Hombre Araña”; Gabriel, dándole de comer a los venados; Emiliano, montado en el lomo de un elefante.

Los tres nadando con los delfines,

¡fiestas, playas, viajes y ferias!

– ¡Wow! –dijo Gabriel. Es un tesoro familiar.

- ¡Sí! -dijo Pablo-, es el tesoro de mi abuelita.

- Aquí mi abuelita tiene atrapados los momentos felices de la vida - dijo pensativo Emiliano y Gabriel completó:

- En este lugar oculta sus objetos preciosos.

Y así, en silencio y emocionados, regresan el cofre a su lugar.

- ¡Vámonos! - dice Pablo.

Y es que su vida está en el mar, no en la tierra, a ellos les gustan las aventuras.

